

Libros, lectores y derechos

Nuevas prácticas culturales en la sociedad del conocimiento y la convergencia digital

Conferencia de cierre de las IV Jornadas de Investigación en Edición, Cultura y Comunicación

Luis Alberto Quevedo

Me propuse analizar ciertos interrogantes que tienen que ver con qué significa leer hoy y cómo se producen históricamente los lectores. Emilia Ferreiro, una gran educadora, dice que leer y escribir son construcciones sociales y que cada época y circunstancia histórica dan nuevos sentidos a esos verbos. Con la intención de responder estas preguntas haré un recorrido tomando las tres revoluciones que se produjeron en el campo de la lectura, de los lectores y de la producción de lectores. Parto de la afirmación de que hubo tres grandes cambios, cada uno de ellos constituye en sí mismo un campo de debates y temáticas históricas diferentes, pero, nos permitirán preguntar por eso que es tan primario: qué significa leer y cómo se producen los lectores.

Marshall McLuhan dijo una vez que cuando Gutenberg inventa la imprenta, el libro empieza, lenta pero globalmente, a convertirse en un objeto de circulación, ya que lo que se inventa no es solo un sistema de tipos móviles y de nuevas formas de hacer un libro, sino también a los analfabetos, en el sentido de que se señala a los que no pueden leer ese objeto. El libro se hace masivo solo para quienes pueden leerlo. Diría que esa observación de McLuhan nos ha seguido todo este tiempo. En cada uno de esos momentos históricos en que se produce una revolución tecnológica, una vuelta de tuerca en los soportes de la lectura y se crean otros lectores, también se producen nuevas destrezas de lecturas y escrituras, así como nuevos analfabetismos. De hecho, la expresión *analfabetismo digital* la hemos usado mucho, un uso que probablemente viene de esta tradición.

La *primera revolución* de la lectura es esta lectura de pocos, en la que se lee en forma personal y que siempre tuvo, en mi opinión, una ambigüedad: ¿para qué se lee?, ¿por qué se

lee? Se lee para aprender, para saber, para crecer, entre otras cosas. Pero también, desde muy temprano —y todas las investigaciones sobre la lectura lo señalan—, este acto de lectura se asocia a la distinción social, tal como lo sostendría Bourdieu. Constituye también un acto de poder, un ejercicio de poder. Toda la obra de Foucault produce esta asociación muy poderosa en la historia entre saber leer y tener poder.

Ahora bien, esta primera revolución en el campo de la lectura se produce cuando el códice sustituye a los papiros y surge el *libro premoderno*. Este revolucionario objeto tenía una serie de características que también van a ser repensadas a la luz de las lecturas del siglo XX y XXI, sobre todo de este último. Tenía al menos dos cualidades: por un lado, una belleza extraordinaria. Comparado con los libros que se utilizan hoy en día, aquellos tenían lo que llamaban iluminaciones y coloridos. Poseían una superficie significativa mucho más compleja que la superficie de la palabra, por lo tanto, había una pretensión estética en cada una de sus páginas. Por otro lado, muchos de esos libros tenían un tipo de construcción que implicaba que el lector ensanchara el texto original, lo complejizara, lo interviniera.

Cuando pude participar en una visita guiada por la antigua Biblioteca de Salamanca, que data del siglo XIII, en la Universidad de Salamanca, observé algunos libros premodernos. El acceso a esos objetos no está permitido, aunque un guía nos mostró distintos ejemplares, con guantes, como si fuera un quirófano o la NASA. Él mismo pasó las hojas cuidadosamente, y señaló como los copistas de la época, a este libro que se empezaba a ensanchar con los lectores que lo escribían, veían la necesidad de reorganizarlo y luego ponerlo en función de un solo texto. Entonces, había un trabajo secundario que ya no era de transcripción, sino la unificación de un texto al que hoy llamaríamos de un solo autor, pero que en realidad se caracterizaba por no serlo. No era un solo autor, no estaba escrito por una sola mano, ya que allí intervenían los copistas. En las escuelas de copistas de Salamanca ellos tenían, por ejemplo, la obligación de escribir de un modo al que hoy llamaríamos casi mecánico, como una máquina de escribir, porque todos tenían que hacerlo con la misma caligrafía y la misma precisión, ya que el trabajo de un libro podía llevar muchos años y los copistas, en ese tiempo, podían pasar por distintas circunstancias: emigrar, abandonar ese lugar o morir. Pero lo interesante de este dispositivo libro es que no tiene al autor, sino a los lectores competentes como protagonistas. Hoy en día esto se plantea con los textos que circulan en Internet o que se producen a través de las *wikis*. Wikipedia ha sido objeto de un gran debate en los últimos años porque tiene esta característica. Así como era imposible identificar quiénes eran exactamente los comentaristas del costado y quiénes eran los copistas que ordenaban después ese texto, Wikipedia presenta esos mismos interrogantes hoy. En resumen, hay preguntas del siglo XIII que aun hoy están presentes en nuestros debates.

En esta primera revolución del campo de la lectura son protagonistas no solo los

soportes, sino también los escenarios de la lectura: las escuelas religiosas, las cortes, los monasterios y las primeras universidades. Salamanca fue una de ellas, aunque no la primera —que fue la de Bolonia—. Una de las partes más difíciles de acceder y conocer en esas universidades son, justamente, las bibliotecas. Por ejemplo, en la Universidad de Bolonia, la puerta de su biblioteca tiene un cartel que reza: “No está permitido el ingreso a turistas”. Es decir, a todos los que no estábamos habilitados no se nos consideraba académicos o personas interesadas en lo alojado allí dentro, sino simplemente turistas. Hay, además, una enorme cámara fotográfica atravesada por una barra roja: tampoco se puede tomar fotos. Poder, diría Foucault, quiénes están adentro y quiénes afuera. Pero en el extraordinario libro de Umberto Eco, *El nombre de la rosa*, se podría decir que ese monasterio funcionaba exactamente igual, con el adentro y el afuera, con un sistema de pasajes muy controlado, y también con un sistema de lectores y lecturas muy controlados. Entonces, ese monasterio está hoy en Bolonia, en Salamanca o en muchas universidades del mundo y también en Internet. Porque Internet también tiene dentro monasterios a los cuales es imposible ingresar.

En estos escenarios podemos imaginar qué sucedía con la lectura y los libros sagrados, como la Biblia. Al respecto, estuve también en Mainz, donde nació Gutenberg, y donde hay un museo extraordinario dedicado a él. En su primer piso, hay una caja fuerte, que se abre falsamente, como si fuera la bóveda de un banco. En esa bóveda en penumbras, unas luces cenitales caen sobre las tres páginas que se conservan de la primera edición que Gutenberg hizo de la Biblia en su imprenta de tipos móviles, que está también reproducida allí. En mi opinión, creo que si los alemanes hubiesen mostrado la Biblia completa, sería indemostrable. En cambio, los norteamericanos hubieran permitido sacar fotos y la repondrían todos los días. A pesar de todo, allí sigue habiendo un incunable, un libro del origen de la imprenta.

La *segunda revolución* de la lectura es la causada por Gutenberg. Aparece otro tipo de lectura y de lectores, sobre todo en los siglos XVII y XVIII, cuando se pasa de esa lectura repetitiva e intensiva de los textos sagrados a una lectura más extensiva. En los siglos XVI y XVII, los pocos lectores que había tenían mucha dificultad para leer libros impresos porque no tenían todo el sistema de signos y de complejidad que tenía el libro manuscrito, les gustaban las caligrafías, que ya no se utilizaban. En esos siglos hubo muchas cortes donde nobles que eran lectores hacían transcribir a mano los libros, ya que tenían la costumbre de leer buenas caligrafías, y no aquellas impresiones en “papel pobre”.

Pero el gran problema que tenía la imprenta era que necesitaba lectores para expandirse, y ese fue un problema de varios siglos. ¿Dónde empezó a haber realmente una curva de crecimiento importante de lectores en Europa, en Estados Unidos, en América Latina o en Argentina? Recién cuando la escuela se expande. La escuela es una gran

productora de lectores. Pero esto sucede a fines de siglo XIX o principios del siglo XX. En esos siglos en que los circuitos de lectores eran muy reducidos, a la *revolución gutenberiana* le costó mucho imponerse. Además, ofrecía un producto particular: los economistas dicen que la primera mercancía producida en serie en la historia fue el libro, porque fue el primer objeto sobre la tierra que, al ser producido por una máquina, generaba un producto idéntico al otro. Esto podría haber producido fascinación, pero produjo más bien rechazo.

Se ingresa entonces en otro campo de lecturas, en un espacio simbólico diferente, en otro tipo de vínculos con los textos. Ya no hay solo textos sagrados, aparecen la política, otros tipos de narrativas y una cosa que fue también revolucionaria: la lectura por placer. Es un tipo de lectura relativamente reciente, ya no está destinada a pensar ni reflexionar, sino simplemente a disfrutar. Por lo tanto, aparecen también otros ámbitos de lectura y otro tipo de lectores. Recién a fines del siglo XIX empieza a aparecer una lectura más popular, con otro tipo de narrativas, los textos que eran por entrega, por ejemplo. Pero también es cierto que toda esa masa de textos tenía la dificultad de que, para ser leída, debía serlo gregariamente, en conjunto, porque seguía habiendo pocos lectores.

Y, además, esos textos fueron rechazados por quienes serían los intelectuales de la época. Los enciclopedistas y los grandes pensadores del siglo XVIII de Francia rechazaban buena parte de la literatura que circulaba en esa época, a la que llamaban “literatura de cordel”, porque eran relatos populares, melodramas, historias épicas, de época. Textos distintos a los que *había* que escribir o leer, relacionados con la filosofía, el pensamiento, el conocimiento y la producción de saber.

Todavía en esa época, cuando Rousseau escribe *El contrato social* y es atacado por casi todos los intelectuales de su tiempo, Voltaire lo toma y lo comenta igual que se hacía en el siglo XIII, con comentarios junto al texto. Estas ediciones todavía se consiguen y uno puede comprar hoy *El contrato social* comentado por Voltaire, denostado por Voltaire, detestado por Voltaire. Como también se puede comprar *El príncipe* de Maquiavelo comentado por Napoleón. Entonces, la atracción está en la sinergia que produce el lector con el autor. Eso todavía se conserva mucho en esos momentos.

Otro tema a tratar es el de las lecturas compartidas. Conocemos toda la historia europea de las lecturas compartidas en las plazas, pero también en América Latina hubo muchos escenarios de lectura compartida, como la de los productores de tabaco en Cuba en las líneas de montaje, en el siglo XIX. Ellos pasaban muchas horas muy aburridos, entonces se inventa al lector, o sea, a alguien que se para en una tarima y lee historias, cuentos; más adelante incluso tiene un micrófono para poder dirigirse a quienes trabajan. Esta historia de la lectura colectiva también tiene sus distintos escenarios, sus distintos territorios.

Respecto de la *tercera revolución* de la lectura, voy a tomar a Roger Chartier. Él ha

hecho muchas reflexiones, y ha escrito mucho sobre este tema: lecturas, lectores, libros, historia del libro, etc., pero lo que me interesa tratar es como él analiza los aspectos materiales de la lectura y los cambios en los soportes de la palabra. Una cosa interesante que dice sobre la diferencia entre el libro producido en una imprenta y lo que hoy se está produciendo como “libro” es que el mundo digital modificó mucho más de lo que modificó Gutenberg al inventar la imprenta. Gutenberg, en algún sentido, creó una máquina para producir lo que ya producían, en esa época, los monjes o artesanos. Solo que lo hizo de manera mecánica, o con mayor capacidad de reproducción. En realidad, producía el mismo dispositivo libro, que tenía un ordenamiento, un modo de ser foliado, atado, cosido, editado, siguiendo lo que habían sido los libros premodernos. Entonces, lo que Chartier dice es que en realidad lo digital hace un tipo de intervención que modifica todos los fundamentos del libro, porque en realidad modifica el modo en el cual está estructurado ese objeto.

Hoy en día uno podría decir el *objeto libro* si tengo un *Kindle* y descargo un libro que no tiene nada que ver con la materialidad, con la estructura de un libro en papel. No solamente por el modo de producción, de escritura, de comercialización y de circulación, sino también por la relación con el objeto. Recién ahora estamos en medio del Big Bang, haciendo exploraciones con lectores e investigaciones. Por los estudios sobre consumos culturales realizados en Francia, sabemos que los que más demandan son los que poseen más acceso y por lo tanto son siempre los más ricos, los más ilustrados, los de la clase social más alta, los de mayor poder adquisitivo. Y quienes están leyendo más en esos libros digitales no son sectores en los que no son lectores, como ocurrió con Gutenberg en los siglos XVIII y XIX, en realidad son los más ilustrados y los que empiezan a combinar todo: son lectores de libros en papel, de libros digitales, de narrativas audiovisuales, son los que tienen *Netflix*, los que consumen todo; quienes estudian consumos culturales los llaman *omnívoros*, son los que se comen todo lo cultural, representado por un pequeño segmento de la sociedad. La reflexión de Chartier sobre el objeto dice que lo que estamos viviendo en esta tercera revolución es un cambio bastante más significativo de lo que pasó allá por el 1500-1600, pero también por el orden de lo material. Por supuesto, empiezan los otros cambios con esta revolución. Aparecen otros textos, otras escrituras, otros lectores y, además, otro modo de desarticular al autor, porque una situación interesante que ocurre en relación con los objetos culturales que circulan en la web tiene que ver con la validación. La escuela está muy preocupada por cómo se validan las cosas porque, por casi 200 años, la escuela fue un gran sistema de validación y expulsión de saberes. Es decir, deja afuera saberes y valida los que están adentro.

Ahora, Internet es un territorio que no tiene esa jerarquía, ya que presenta una enorme desorganización y no tiene un comisariado de validación. Frente a esto, la escuela

está preocupada por decir “bueno, usen Internet pero sepan también cómo validar conocimientos dentro de ella”. Ahora, no es tarea fácil validar conocimientos dentro de Internet, como tampoco es tarea fácil hacer una buena búsqueda en ella. Es una destreza que también la escuela debería tomar para sí, si quiere hacerse cargo de lo que está circulando como bienes culturales ahí adentro.

Entonces hoy se vuelve, en algún sentido, a aquel libro premoderno porque el territorio, la superficie de la escritura es mucho más compleja, está mucho más poblada por otros signos. Y el sistema de construcción de textualidad es esto que en el mundo digital se llama *hipertexto*, pero que tiene que ver con incluir otro tipo de recursos narrativos, si bien seguimos hablando caprichosamente de “páginas”. Hay otro tema que Chartier también señala: el acortamiento de los tiempos de producción, circulación y momentos de la lectura. A esto le agregaría también el envejecimiento de los materiales. Muchas textualidades que circulan por Internet envejecen muy rápido. Por ejemplo, uno de los lenguajes que hoy está más en discusión y es muy interesante analizar es el de *Twitter*. Es muy interesante porque el tuit es un tipo de textualidad que viene ya predefinida, con solo 140 caracteres para explayarse. Pero es interesante porque las editoriales también buscan ese tipo de textualidad. Cuando saqué un libro sobre cultura argentina, discutí con la editorial porque me decían que modificara y quitara ciertas partes o elementos del libro. Y eso no eran 140 caracteres, sino cuatrocientas páginas también formateadas. Hoy en día todos estamos formateados, aunque escribamos cuatrocientas páginas. Es realmente complicado lograr esto porque todos por dentro pensamos en nuestras lecturas de Chartier, en sus conceptos. Es muy difícil entrar a ese género cuando uno viene preformateado.

Entonces, creo que *Twitter* también es un género muy complejo y difícil de utilizar. Por ejemplo, en la política argentina, en la cual se usa mucho esta aplicación, una persona que utiliza el género muy bien es Aníbal Fernández. Recuerdo que en una ocasión, durante un paro general de las agrupaciones de Moyano, las organizaciones de izquierda habían tomado ciertas decisiones. Entonces, Aníbal Fernández escribió en *Twitter*: “Lo esencial es invisible a los troskos”. Lo interesante es que esta frase se viralizó a los treinta segundos, ya que es una síntesis política de su opinión sobre lo que habían hecho los organizadores de izquierda para garantizar el paro de los sindicalistas más tradicionales, pero escrita en un lenguaje de tuit.

En cambio, una de las peores personas que tuitea es la expresidenta Cristina Fernández de Kirchner, porque lo que ella hace es escribir en un archivo de Word dos carillas y después separarlas en fragmentos de 140 caracteres. Eso no es tuitear, no maneja el lenguaje.

Este tipo de textualidad parece sencilla y al alcance de todos, pero manejar este lenguaje correctamente es otra cosa. El lector de *Twitter* también exige que el tuit tenga

una buena escritura, no es cualquier tipo de material el que quiere leer. Si no consigue lo que busca en una cuenta, la deja de seguir; aunque a algunos personajes se los lee por motivos, por ejemplo, políticos, como el caso de la expresidenta.

Con lo digital, se reorganiza lo que llamo una *economía de la escritura*, en muchos sentidos: en soportes, lenguajes, recursos, pluralidad de autores, el modo de circulación, el envejecimiento. Por lo tanto, todo este texto moderno que conocimos explotó y entonces ¿qué queda como lectura?: esto que es una práctica cultural y contiene una idea de ciudadanía. Es interesante porque, durante la modernidad, producir lectores fue producir ciudadanos. De hecho, la escuela nunca fue un proyecto educativo, fue un proyecto de ciudadanía.

¿Cuán perdida está hoy la escuela en ese territorio, y no sabe? No tiene GPS para andar por la web, entonces lo que hace es obturarla. Cuando comenzó el auge de los celulares y los chicos empezaron a tenerlos, la primera reacción de la escuela fue exigirles a los gobiernos —nacional, provinciales— una legislación que prohibiera estos aparatos dentro del territorio escolar, como en un aeropuerto. Si alguien entraba en la escuela con un objeto tecnológico (un grabador digital, por ejemplo), había que clasificarlo y decidir si entraba o no en la legislación. Así de conflictiva es la relación de la escuela con la tecnología.

Podemos imaginarnos que, si lo hace con los objetos, lo hará también con los saberes, con los contenidos que están adentro. Y el tema de preguntarse hoy por la lectura incluye también a la escritura. Me parece que preguntarse hoy cómo se lee es casi igual a preguntarse cómo se escribe. Menciono esto para desarmar eso que decían también Foucault y tantos otros sobre la idea de autor que había en el siglo XVIII: había libros pero no la idea autor, de trayectorias, biografías, historias, la sacralización del escritor. Creo que hoy hay algo de la escritura y la lectura que ha acercado a los lectores mucho más a quienes escriben.

Acerca de la producción compartida entre consumidores y productores, hay muchos territorios de la web que están mostrando cómo se desdibujan estas fronteras entre lector y escritor. Un buen ejemplo es Wikipedia. En las investigaciones en las que participo, interrogamos a docentes sobre si permiten que los alumnos usen la Wikipedia como recurso. La respuesta es, en general, de rechazo: “Hay errores y no hay validación”. Pero al preguntarles si ellos la usaban, afirmaban que sí, pero que ellos chequeaban la información. Por lo tanto, debemos asumir que los docentes son grandes consumidores de Wikipedia, y personalmente cuestiono el hecho de que chequeen todo el contenido que consultan.

Por otra parte, Wikipedia tiene, a diferencia de las enciclopedias clásicas, un territorio de discusión. Es decir, si buscamos el vocablo: “Domingo Faustino Sarmiento”, encontramos que Wikipedia tiene incorporado a la definición un territorio de discusión. A

diferencia de las enciclopedias del siglo XVIII, que en realidad consagraban a los escritores, que dictaminaban quiénes eran los sabios de la época, que obturaban y cerraban el debate, Wikipedia posee una capacidad de apertura y, además, es anónima.

Hay una anécdota interesante que tiene a Umberto Eco por protagonista en relación con esto. Él públicamente despreciaba a Wikipedia como territorio. Un día escribió un artículo en el que relataba su búsqueda del vocablo “Umberto Eco”, y los errores que había encontrado. ¿Qué hizo, entonces? Le escribió a Wikipedia, y le contestaron: “Por favor, ingrese el vocablo usted y corríjalo”. Umberto Eco no contó cómo terminó la historia, pero esta anécdota nos sirve para abrir una discusión, para pensar el acercamiento entre productor y consumidor.

Acerca de la producción de estos saberes: ¿el mejor redactor de la biografía de Umberto Eco es el mismísimo Umberto Eco? O, dicho de otro modo, ¿nosotros querríamos tener la biografía de Sarmiento escrita por Sarmiento únicamente? Esto vale para cualquier personaje. Por ejemplo, un día mi hija entró a mi escritorio, y me dijo que mi biografía estaba en Wikipedia. Y yo le respondí “¿cómo, si yo no hice nada?”, a lo cual ella me dijo: “Papá, la gente escribe”. Ingresé a ver la página y, además de información sobre mi formación y demás detalles personales, figuraba una línea final que decía: “En 2001 trabajó en la producción del show televisivo *Gran Hermano* en el canal Telefe”. Mi hija me preguntó: “¿vas a borrarlo?”. Alguien lo escribió con dedicación, sin errores, aunque escribió esa línea. Y mi hija me volvió a consultar si estuve en *Gran Hermano*. A lo que le respondo que sí, pero solo durante el primer año. Entonces, pienso que yo jamás hubiese sido el mejor redactor de mi propia biografía.

En esta discusión me interesa tratar también el tema del diseño. Pienso que hoy, quienes escriben, diseñan. El desafío del diseño hoy está en la escritura. Todos los que producimos conocimiento en esta época tenemos este desafío. Nosotros investigamos sobre medios de comunicación hace años. En particular, trabajamos sobre el vínculo del consumidor con los medios de comunicación. Esto viene de la escuela de Birmingham, originaria de los años 1960-1980. Ellos rompieron con la idea de estar metidos en la pantalla y, en cambio, estudiaron qué hace la gente con la televisión: se sentaban a ver a la familia que miraba la televisión, bien al modo empirista inglés. Ellos no estudiaban la producción audiovisual en la pantalla, sino que estudiaban al público, se interesaban por el vínculo social que se establece en la familia frente a la pantalla. Ese método de dar vuelta es el que me interesa.

Jesús Martín Barbero, investigador colombiano, propuso como objeto de estudio “qué hace la gente con lo que la TV quiere hacer de ellos”. Jesús afirma: “La TV tiene una estrategia con nosotros, seducirnos, vendernos, y lo interesante es estudiar qué hacen los consumidores de TV con eso”. Nosotros vimos que la TV en particular tiene alto consumo y

baja credibilidad, respecto de otros medios. A la radio o al periódico, por el contrario, se les tiene mucha más empatía. Es interesante estudiar este vínculo. Y hay vínculos difíciles de desentrañar, como el que establecemos con la web.

Los jóvenes que se socializan en la pluriatención están acostumbrados a múltiples lecturas y prácticas, ya lo tienen incorporado. Sin embargo, la escuela los espera con grandes espacios y un profesor delante de todos, a lo que Foucault llamaría dispositivo. ¿Qué pasa con los dispositivos culturales con los que se socializan los pibes hoy, si hacen muchas cosas a la vez? Por ejemplo, mi hija cuando está estudiando, tiene todos sus aparatos encendidos y también está estudiando. Es muy diferente a las costumbres de estudio de mi época, cuando para estudiar se necesitaba estar en una especie de santuario. Hay algo en la pluriatención que cambia los modos de relacionarse con el sistema educativo. Por ejemplo, cuando me encuentro en el Posgrado de FLASCO, y veo a un chico con una computadora tomando notas, me pregunto si está hablando con la novia, y siento que me va a contestar: “Sí, estoy chateando con mi novia y haciendo otras cosas en simultáneo. Cada tanto, decís una línea que me interesa y la anoto”.

En este sentido, el libro es monogámico, unidireccional. Y nuestra generación fue educada en esta unidireccionalidad. El libro es una promesa de mediano plazo. Hoy tenemos el problema de la seducción y del disfrute inmediato. Y el libro, además, sabe que nosotros fuimos adiestrados en esta paciencia del mediano plazo. El *Kindle* tiene esa rigidez aún, aunque nos lo venden como que podés subrayarlo, intervenirlo y demás. En cambio, la web me pregunta: “¿Cómo me vas a usar?” El libro nos dice cómo nos va a usar él a nosotros, y que nos sentemos.

A mí me gustan los pupitres, porque el banco nos dice cómo nos vamos a sentar. El que sabe cómo se va a acomodar el cuerpo es el banco. Es un dispositivo que sabe cómo nos vamos a meter en él. La web no. La televisión también tenía esto de “cómo me vas a usar”. Por ejemplo, se estudió que los hombres corren, zapean, y que las mujeres son sedentarias, quieren ver solo un programa. ¿Qué significa esto? Que la televisión permite muchos usos. La web los multiplicó, nos permite muchos más, los estudiantes se manejan con muchas textualidades, y la escuela después los espera así, con este auditorio y sus pupitres.

Creo que estamos perdidos.

El autor

Luis Alberto Quevedo

Licenciado en Sociología. Graduado en la École des Hautes Études en Sciences Sociales de la Universidad de París, donde obtuvo la Maestría en Sociología. Director de la FLACSO Argentina e investigador del Área Comunicación y Cultura de la FLACSO. También se desempeña como Profesor Titular Regular de la materia Sociología Política en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, donde fue Director de la carrera de Ciencias de la Comunicación.

Para citar este artículo:

Quevedo, L. A. (2016). "Libros, lectores y derechos. Nuevas prácticas culturales en la sociedad del conocimiento y la convergencia digital". En Gómez, M. G., Casanovas, I. y Rico, E. J., *Actas de las IV Jornadas de Investigación en Edición, Cultura y Comunicación*. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. ISBN: 978-987-4019-63-9.